

EL ÚLTIMO VIAJE

Ya era noche cerrada. Calaba la humedad. Tras de sí se había cerrado la puerta con un sonido metálico. Sonido lejano y huérfano en medio del más vasto silencio.

Hasta ahí, todo era como todas las noches. Si no fuese porque ya sabía que ésta era su última noche. Había hecho el último de sus viajes.

¿Sentía miedo? ¿Incertidumbre? Quizás vacío. Sí, un vacío palpable. Sospechaba que era definitivo. Interminable.

En su memoria bullían los recuerdos desordenados... guardaba imágenes de millones de rostros, de incontables trayectos, de paisajes. Ello le consolaba. Se decía a sí mismo "He sido testigo silencioso de la vida, de muchas vidas..."

Recordaba la algarabía alegre de los niños. Los estudiantes cargados de apuntes que hacían del trayecto, el momento de su último repaso. Los ancianos...unos con la mirada perdida, otros buscando una conversación a su lado. Mujeres con manos y alma llena de callos... que partían de su hogar antes del alba. Y obreros. Obreros de todo tipo; mujeres y hombres, autóctonos y extranjeros, que cada día marchaban a sus tan diferentes labores, lejos de su pueblo.

"Sí, -se decía- el fluir de la vida, habitó aquí dentro. La palpé a diario".

Desde principios de marzo, lo escuchó de un conductor. "A partir de septiembre, comienza a renovarse la flota de autobuses...". Aquello le inquietó.

No supo si le iba a afectar, pero desde entonces vivió rumiando la incertidumbre. Afortunadamente, los cambios de ruta, las idas y venidas, con sus charlas y silencios, los desplazamientos de vacaciones, iban absorbiendo sus energías y su tiempo.

El pasado lunes, por el comentario del encargado de la limpieza, supo que era la última semana, que lo tendrían a su cargo...

Y hoy, viernes, la conductora antes de marcharse, le vació de todo cuanto pudiese encontrar en su interior; documentos, alguna vieja cinta de vídeo, ciertos útiles de limpieza... Y el autobús vio confirmadas sus sospechas.

¿De verdad había sido su último viaje? No podía creerlo

¿Y ahora? ¿El desguace? No quería pensarlo.

Prefería hundirse de nuevo en sus recuerdos, que le provocaban un sentimiento de satisfacción, tan agudo como irresistible. Había sido feliz llevando y trayendo gente, siendo parte cotidiana de sus vidas... siempre escuchando, siempre observando, acogiendo a todos, a todo... día tras día, año tras años... confundido con la rutina, resultaba para los pasajeros tan inadvertido, como necesario...

A la mañana siguiente, cuando acudieron dos operarios con una grúa para retirarlo, encontraron un enorme charco bajo sus ruedas. "Debe ser el radiador" se dijeron.

Que un viejo autobús pudiese llorar, era algo que superaba todos sus cálculos.

Por "Mar Tirreno"